

Apoyar con el corazón

Alejandro Salas

Muchas veces pensamos que las personas que más necesitan ayuda son aquellas que tienen escasos recursos o que viven en áreas marginadas de la ciudad, pero pasamos por alto a aquellas que nos rodean y que por dentro pueden estar librando una batalla contra situaciones difíciles de la vida. En varias ocasiones he tenido la oportunidad de participar en actividades de apoyo a sectores vulnerables de la sociedad, y siempre he recibido de ellos una cálida sonrisa, pero a veces siento que muchos nos hemos atado tanto a los lujos que perdemos de vista lo verdaderamente importante. La gente que creemos apoyar tiende a entender la vida de una forma más simple y encuentran su felicidad en lo cotidiano. Pero existen personas que pasan por momentos que, sin importar las condiciones en las que vivan, sufren experiencias que les hacen cuestionar lo que realmente importa.

Cuando era más joven, uno de mis primos sufrió una grave enfermedad y tuvo que ser tratado en el Hospital de Niño. Por días, mis tíos esperaron con ansiedad alguna respuesta de los doctores sobre el estado de salud de su pequeño. Cuando los veía, podía sentir como las demás cosas dejaron de ser relevantes para ellos, lo único que les importaba era saber si su hijo mejoraría. Al cabo de unas semanas dieron de alta al pequeño y todos pudimos regresar a la tranquilidad habitual, pero mi tío tenía una idea diferente. Él entendió lo que era estar en una sala de espera al aire libre con el único deseo de saber si podría volver a ver a su hijo. Fue por eso que invitó a la familia a hacer algo poco común para nosotros: llevar cena a los familiares de los pacientes. Al principio me pareció algo pesado pues tenía que ir de noche a andar cargando platos de plástico con comida, pero la experiencia tuvo un impacto más profundo en mí.

Cuando llegamos, nos distribuimos las tareas y empezamos a montar el área de trabajo para llevar las cosas de forma eficiente. El menú era sencillo pero llenador. En ese tiempo hacía algo de frío por lo que decidieron a preparar atole también. La gente se paró y comenzaron a formarse frente a la camioneta. Nadie peleaba por tener un mejor lugar o por tener más raciones. De hecho, algunas personas tuvieron la iniciativa de ayudarnos a distribuir las cosas siempre procurando priorizar a las personas de tercera edad y a las madres con niños.

Las personas que estaban en ese lugar habían estado ocupadas tratando de controlar sus emociones. En situaciones de incertidumbre sobre la vida de un ser querido se empieza a perder lentamente la noción de lo material, ya que su valor palidece ante la ausencia de un alguien importante en tu vida. Sin embargo, la gente no había perdido la fe. Muchos se aferraban a sus rosarios, o a lo que tuvieran a la mano, para poder sentir que un bien mayor estaba de su lado. Tal vez era por eso que eran más sensibles a su entorno. Las personas recibían el apoyo de corazón y, por unos momentos, podían olvidarse de sus problemas para disfrutar de una rica cena.

Fue una experiencia que me dejó mucho que pensar y quise compartirla con más personas. Fue entonces cuando supe que todos mis conocidos habían hecho lo mismo al menos una vez en su vida. Son estos pequeños detalles los que nos hacen valorar lo que tenemos y nos recuerdan que lo más importante son las personas. A veces una pequeña acción es toda la ayuda que se necesita.